CAMPOMANES: UN PROGRAMA INDUSTRIAL EN TIEMPOS DE LA ILUSTRACIÓN

JOAQUÍN OCAMPO SUÁREZ-VALDÉS

Universidad de Oviedo^a

RESUMEN

La historiografía económica sobre Campomanes, más concretamente la referida al análisis de sus propuestas en materia fabril, ha consagrado el tópico del carácter «anticapitalista» o «antindustrialista» de las mismas. Esa valoración, nacida en buena medida de una interpretación sesgada del *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, ha eclipsado las restantes aportaciones doctrinales del autor, así como los logros de las políticas industriales por él auspiciadas. Una lectura más sistemática de sus escritos industrialistas, adecuadamente restituidos al contexto histórico en que se formulan, ayudará, sin duda, a desterrar lugares comunes y a rehabilitar a una de las figuras centrales de la economía española del Setecientos.

Palabras clave: Campomanes, industrialización, pensamiento económico.

ABSTRACT

The historiography on Campomanes, in particular that referring to his writings on factory matters, has established a cliché of their anti-capitalistic or anti-industrial character. This appraisal, which can be traced back to a biased interpretation of his *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, has secluded both the remaining

^a Departamento de Economía, Campus del Cristo, E33071 Oviedo, España.
jocampo@correo.uniovi.es

doctrinal contributions on industry made by this author and the achievements of his proposed industrial policy. A more careful reading of his industrialist writings, adequately placed within their historical context, will no doubt contribute to discard platitudes and to rehabilitate one of the leading intellectuals of Spanish economy during the 18th century.

Keywords: Campomanes, industrialization, economic thought.

JEL Classification: B31, B19.

1. LOS ECOS DE UNA VIEJA CONTROVERSA HISTORIOGRÁFICA

«Sin embargo, sería absurdo imaginar que los seres humanos rinden más cuando trabajan para otros que cuando lo hacen por su cuenta. Un modesto artesano independiente es, por lo general, más laborioso que un obrero que trabaja a destajo».

Smith (1958, pp. 81)

«Las manufacturas finas, que se fabrican para mercados distantes, lograron su incremento y perfección de un refinamiento gradual de ciertas manufacturas ordinarias destinadas a servir el mercado doméstico y que no pueden por menos de fabricarse, aun en los países más pobres, para su propio uso».

Smith (1958, pp. 363)

Ni desde la historia de los hechos ni desde la de las ideas económicas, Campomanes ha dejado de ser objeto de controversia. Una controversia con raíces lejanas. Los elogios que le tributara Colmeiro pronto quedaron oscurecidos por las duras diatribas de que fuera objeto por parte de Menéndez y Pelayo. Para el primero, el ilustrado asturiano había encarnado la rebelión contra reglamentos y corporaciones e izado la bandera liberal «bajo la cual militaron después los economistas», mientras que, para el santanderino, el ideario campomanista, de «simplicidad columbina», no iría más allá de un «enjambre de bucólicas ilusiones»¹. En el siguiente siglo será Carrera Pujal quien lo descalifique *in extenso*: si su obra escrita, «falta de unidad, no rayó a gran altura», la «obsesión por la industria doméstica que vinculaba labranza y manufacturas» resultaba inviable en un momento en que «se

¹ Colmeiro (1988, vol. II, pp. 79); Menéndez y Pelayo (1987, vol. II, pp. 432).

abría paso de modo decidido la organización de fábricas con trabajadores asalariados»². Pocos años más tarde llegaría la rehabilitación a cargo de Schumpeter: Campomanes fue un «reformador práctico, siguiendo la línea del liberalismo económico», al que sus compromisos como *policy maker* le condujeron al campo de la economía aplicada. Aun cuando su dedicación política le impidió contribuir al progreso teórico de la disciplina, sus aportaciones doctrinales obedecieron a principios analíticos que, sin formular explícitamente, constituyeran un «cuasi-sistema» coherente³.

En los años setenta del pasado siglo, la Ilustración iba a ser sometida a profunda revisión. Ignorando o abstrayendo la pluralidad de las «Españas» ilustradas, las Luces no merecieron otra consideración que la de mero ensayo o ejercicio de «racionalización del modo de producción de acuerdo con los intereses de los estamentos privilegiados»⁴. Desde una metodología con fuertes vínculos hacia el materialismo histórico, la especificidad del siglo XVIII quedaba supeditada a su capacidad para anticipar la senda o curso forzoso del progreso que habría de conducir al capitalismo «liberador». Hirschman acuñará la expresión «grilletes feudales» para referirse a esa visión reduccionista⁵.

Como era previsible, a Campomanes no le iba a corresponder mejor suerte en la revisión historiográfica de la Ilustración. Además de las referencias a los «entresijos retrógrados» de su ideología, el *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, su obra señera, era ampliamente descalificado al no merecer otra consideración que la de simple «manifiesto a favor de la industria tradicional y un alegato contra la nueva»⁶. Asentada desde entonces la versión «antiurbana» y «anticapitalista» del citado discurso, las lecturas ulteriores del mismo, lejos de someter a revisión aquellas tesis, acabaron por reiterarlas, convirtiéndolas en tópicos. Y, así, las sucesivas aproximaciones a los *Discursos* sobre la industria popular y sobre la educación de los artesanos, con independencia del punto de partida adoptado –agrarista, poblacionista, político o de *raison d'état*, regionalista–, coincidirán en enfatizar el carácter «precapitalista» de ambos textos⁷. El diferencial doctrinal de tradicionalismo de su autor, frente a terceros casi nunca citados, estribaba en la subordinación

² Carrera Pujal (1945, vol. III, pp. 517-521).

³ Schumpeter (1982, pp. 214-215 y 237). Sobre esta misma cuestión, véase Llombart (1992, pp. 342-352) y (2000, pp. 206-240).

⁴ Elorza (1970, p. 27). Sobre la referida diversidad, *vid.* López (1975) y Llopis Agelán (1986).

⁵ Véase Hirschman (1989, pp. 125-132). Sobre la aplicación de esa misma tesis al contexto de la Ilustración española, cfr. Llombart, (1994, pp. 11-43), y Astigarraga (2003, p. 193).

⁶ Lluch (1971, pp. 33-35); Fontana (1973, p. 64).

⁷ Carmona Badía (1990, p.190); Delgado Ribas (1983); Lluch (1997); C. de Castro (1996, pp. 308 y 315); Reeder (1975, p. 28); García-Baquero (1989, p. 307); Martín Rodríguez (1999); Lluch (1976), (1999) y (2000, p. 577); Astigarraga (2003, p. 73).

de sus propuestas en materia de manufacturas a intereses agrarios, demográficos o políticos. Es decir, el objeto «no confesado» del *Discurso sobre la industria popular* sería el de implementar políticas económicas orientadas a estabilizar socialmente el mundo rural, aumentar el número de contribuyentes o «vasallos útiles», preservar el orden público o bien imponer un modelo de desarrollo de inspiración «astur-catalana» capaz de contener el emergente regionalismo económico catalán y vascongado. Por último, y desde la perspectiva de la *public choice* aplicada en retrospectiva histórica, no han faltado intentos de reducir la figura de Campomanes a la de un buscador de rentas únicamente atento a maximizar poder⁸.

En 1951, W. Grampp (1971, pp. 70-105) estimaba que limitar el papel de la Ilustración a la tarea de racionalizar el orden social vigente no pasaba de ser algo «trivialmente correcto». Cabría preguntarse entonces qué información añade al conocimiento de Campomanes apelar al carácter «precapitalista» o «anticapitalista» de sus *Discursos*. ¿Acaso las adherencias agraristas de A. Smith permitirían calificarlo de antiurbano o de anticapitalista? Parece más acertado considerar que en tiempos de Campomanes, como hoy, «la economía era y es un mero instrumento de la política». De aceptarlo, estaría fuera de lugar pretender de un funcionario público que, más allá de «racionalizar», superara sus propios límites y nos sorprendiera proponiendo fórmulas revolucionarias de organización fabril⁹.

Desde los años ochenta, la edición de manuscritos inéditos, la multiplicación de estudios regionales y las investigaciones sobre la Ilustración europea han introducido un nuevo sesgo en los estudios campomanistas. Sin dejar de reconocer su «obsesión» agrarista ampliamente incrustada, por otro lado, en la economía política europea del Setecientos, se han venido resaltando tanto la contribución del asturiano a la plasmación de las primeras políticas agrarias e industriales coherentes y sistemáticas de la España moderna como su esfuerzo por definir un entorno institucional que mejorase la eficiencia asignativa de los mercados¹⁰. En la misma década, el debate en torno a la protoindustrialización suscitará un vivo interés por la industria rural dispersa. Quienes se acercaron al tratamiento que de la misma ofrecían los economistas del mercantilismo tardío pudieron advertir la aversión de A. Smith a los mercaderes, y también el «agrarismo natural» presente en su obra¹¹.

Creemos, tal y como Tedde (1992, vol. I, pp. 469-484) advirtiera, que una lectura amplia, sosegada y sistemática de Campomanes, sin desdibujar su agrarismo, modificaría sustancialmente la valoración que se ha venido realizando de su programa industrial, máxime si la misma se restituye al contexto histórico y al marco institucional desde el que aquel programa se ofertaba.

⁸ Reeder (1975, p. 29); González (1988) y (1990).

⁹ García Sanz (1989a, pp. 629-639); Martínez Shaw (1987, pp. 43-53).

¹⁰ Llombart (1988) y (1992); Anes (1984); C. de Castro (1991); Tedde (1992).

¹¹ Berg (1983, pp. 33-60); Llombart (1997, pp. 61-119).

2. UN PUNTO DE PARTIDA: LA DECADENCIA INDUSTRIAL ESPAÑOLA A COMIENZOS DEL SETECIENTOS

La división del trabajo entre campos y ciudades se vio removida desde el siglo XV por los cambios suscitados en la geografía de la industria. La manufactura rural doméstica a cargo de productores independientes que trabajaban para mercados locales (*Kaufssystem*) se enriqueció con el desarrollo de distritos manufactureros especializados; en estos últimos, organizados bajo el «sistema de adelantos» (*putting out*) por mercaderes-fabricantes, la producción solía comercializarse en mercados extrarregionales. Como es sabido, tal opción empresarial trataba de dar respuesta a los estímulos derivados de la ampliación de los mercados y de las pautas de consumo asociadas a mayores niveles de renta. La inelasticidad productiva del sistema gremial y la favorable oferta de factores en el ámbito rural favorecieron aquella relocalización espacial de las manufacturas.

La economía castellana concurre, con las de Silesia, Flandes, West Yorkshire y Languedoc, entre otras muchas, a la cita con el *Verlagssystem*. Sin embargo, la prosperidad fabril del Seiscientos resultó bien efímera. Las medidas tomadas por las Cortes de Valladolid de 1548, a la vez que evidenciaban la incapacidad de la industria nacional para atender sus mercados, fueron también punto de partida para la orientación «terrazguera» del capital mercantil. Una década más tarde, el *Memorial* de Luis Ortiz levantaba acta de aquel fracaso. Si todavía en 1575, en las *Relaciones de los pueblos de España*, podía leerse que Toledo «no es tierra de labranza, sino de industria», pocos años después, Damián de Olivares, Sancho de Moncada y Jerónimo de Ceballos coincidían en certificar la decadencia industrial de la ciudad¹². Las causas de la misma, prolijas y bien documentadas, abocaron a una desinversión fabril justificada en los menores costes de oportunidad representados por la aplicación de capitales a la adquisición de bienes raíces o a su colocación en el comercio exterior. Cobran así sentido los comentarios de Larruga relativos a que «de la ruina de nuestras fábricas han nacido muchas comunidades de comercio»¹³. La «deserción» burguesa dejará intacta la hegemonía de las corporaciones gremiales en el peor momento, cuando la agresiva política industrial de los estados mercantilistas vecinos impulsaba innovaciones tecnológicas, como el alto horno, o estrategias mercantiles, caso de las *new draperies*, que ensanchaban el diferencial de competitividad con nuestra industria.

La «conciencia nacional» de la crisis que latía en la literatura arbitrista daría pie a la creación de la Junta de Población, Agricultura y Comercio (1625), primero, y, más tarde, a la de Comercio y Fábricas (1679). Quedaba expedito el camino para que el colbertismo borbónico ensayase una política activa de convergencia con las «na-

¹² Vilar (1974, p. 152); Perdices (1997, pp. 31-61).

¹³ Larruga (1995-1997, vol. IV, Memoria LVII, p. 340).

ciones industriales», máxime cuando los acuerdos de Utrecht (1713) restringían la soberanía arancelaria española.

3. ECONOMÍA E INDUSTRIA EN CAMPOMANES

Con Ward, Olavide, Romá i Rosell, Ramos o Arriquibar, Campomanes se adscribe a la generación de ilustrados cuya producción intelectual coincide con el auge inicial de la economía política en España. El carácter emergente de la misma, escasamente diferenciada todavía de la filosofía moral y de la «ciencia del gobierno», explica lo poco delimitados que se hallaban sus perfiles. Por lo mismo, más que definirse por la singularidad de su instrumental analítico, eran sus objetivos y campo de trabajo los que contribuían a situarla en el horizonte científico del momento¹⁴.

3.1. La economía al servicio de la política económica

En Campomanes, la agenda de reformas dicta las prioridades intelectuales del economista, orientando sus lecturas y su producción teórica en sentido pragmático, ecléctico y utilitario. La urgencia de la acción política constriñe la elaboración de aquel «cuasi-sistema» del que habrían de derivar los principios que debían guiar el proceso decisional. Como él mismo señaló, «hasta que los buenos principios estén generalmente adoptados en la economía política, no se pueden dar pasos sólidos hacia el fomento de las artes ni hacia el bien general de la nación»¹⁵.

Y así, con premura, ya en el *Bosquejo* de 1750 adelantaba el objeto y método de su particular modelo económico. En cuanto al primero, más que la decadencia económica española, le interesaba investigar las vías de convergencia con aquellas naciones que «a fuerza de su industria se hicieron ricas». Para ello partía de dos certezas o premisas: la inevitabilidad de la intervención gubernamental —«un sano y sabio gobierno pueden hacer feliz en corto tiempo todo un reino, y siendo largo le puede hacer rico»—, y la evidencia de que «para ser rico el monarca, es necesario lo sean los vasallos».

En materia metodológica, reivindicará la conveniencia de un triple instrumental analítico: historia económica comparada, estadística y teoría económica. Respecto a la primera, descartadas «las historias comunes que ignoran la constitución civil y el derecho público» o aquellas en las que faltan «las noticias políticas y económicas», se decantará por una historia económica «a lo Hume»; es decir, una historia que

¹⁴ Llombart (2000, pp. 201-255).

¹⁵ Rodríguez Campomanes (1775-1777, *Apéndice I*, p. 47).

tomase en consideración los derechos de propiedad y que permitiese trazar el «mapa intelectual» por el que observar «los progresos de las naciones, causas que influyeron en ellas» y medios que «puedan poner a punto nuestra nación en competencia con las demás». No por ello dejará de reconocer el «talento y celo» de los «escritores económicos» del Seiscientos, cuyo «defecto común y trascendental consiste en la inexactitud de los hechos y de los datos en que fundan sus opiniones». Para los arbitristas, añadía, «los productos de las cosechas, el verdadero vecindario, el catálogo de los precios, eran misterios impenetrables». Respecto a la estadística o «espíritu de calculación», Campomanes es contundente: sin ella, «ninguna nación llega a conocer bien sus intereses ni los medios de arrojar la miseria». La estima de franceses e ingleses por la «buena lógica», el «espíritu geométrico» y la «aritmética política es lo que ha puesto su industria en floreciente estado». Por último, para la teoría económica reclama alejarse de aquel género de escritores que, «haciendo unos discursos más morales que políticos», no habían logrado aproximarse al rigor de la economía política¹⁶.

¿A qué economía política se refería el asturiano? Los años transcurridos entre la redacción del *Bosquejo* y su traducción de Davenant (1759) coinciden con la recepción de la «nueva agricultura» y del mercantilismo liberal inglés. Este último, a través de las versiones francesas del grupo de Gournay, las más adaptables a economías periféricas y atrasadas, se aclimata en España como un mercantilismo ilustrado y reformador¹⁷. En esa encrucijada de influencias, Campomanes, lejos de pretender elaborar un sistema teórico con finalidad explicativa, y sin prejuicios doctrinales, tomará en préstamo aquellos principios y argumentos que mejor se avenían a legitimar su proyecto reformador. En tal proyecto, ni el fortalecimiento del Estado, ni la riqueza como recurso estratégico al servicio del poder, *leitmotiv* mercantilista para Hecksher o Viner, se persiguen como fines en sí mismos.

Admitida la inevitabilidad de la intervención pública, la diferencia frente a la tradición mercantilista la marcará el tamiz ejercido por los principios de la nueva economía: «Por fortuna se va haciendo moda en Europa atender al bien público. Sin la riqueza del pueblo, jamás será sensible la fuerza de un Estado»¹⁸. En definitiva, la economía política del asturiano se hallaba próxima a aquella a la que A. Smith atribuía el objetivo de «enriquecer al soberano y al pueblo», y que en Campomanes podría resumirse como «riqueza de los súbditos y fortaleza de la monarquía»¹⁹.

¹⁶ Las citas, en Rodríguez Campomanes (1984, pp. 35, 58 y 60); (1775-1777, *Apéndice I*, pp. 347, nº 25); (1984, p. 150); (1780, II, pp. xxvi-xxviii); (1775, *Apéndice I*, p. xix), y (1984, p. 37).

¹⁷ Venturi (1973).

¹⁸ Rodríguez Campomanes (1976, p.69).

¹⁹ Llombart (1992, pp. 346-354).

3.2. Principios y restricciones de la política económica

El alejamiento de las tesis neomercantilistas de Uztáriz o Ulloa relativas al papel del comercio exterior o al de los medios de pago en el crecimiento económico permiten a Campomanes trasladar la atención desde los procesos de acumulación a los de generación de riqueza. En ese giro investigador, las reflexiones del asturiano se dirigen inevitablemente a delimitar la contribución de los factores productivos e institucionales a la *felicidad pública* o bienestar.

Tierra y trabajo, o la lógica natural de las economías preindustriales

Durante buena parte de la época moderna, el «orden natural» fue contemplado bajo la matriz teológico-organicista acuñada por la tradición filosófica aristotélica y tomista. Según la misma, y ya que la oferta de recursos se consideraba dada, la actividad productiva quedaba limitada a las funciones de recolección y acumulación; desde tal perspectiva, las políticas económicas del mercantilismo resultaban coherentes con la aceptación de un horizonte económico de suma cero. Serán Petty y Cantillon quienes eleven a categoría económica la ecuación población-recursos, el binomio trabajo-tierra como configurador del ciclo económico. En 1662, Petty, reflejando la causalidad orgánica que gobernaba la economía, establecía que «el trabajo es el padre y principio de la riqueza, en tanto la tierra es la madre». En ese mismo contexto ha de entenderse el poblacionismo esgrimido por Locke en su *Ensayo sobre el gobierno civil* (1691): «Es quedarse muy corto afirmar que nueve décimas partes de los productos de la tierra, útiles a la vida del hombre, son consecuencia del trabajo». Por su parte, Cantillon, en el *Essai* (1755), formulaba explícitamente la «teoría tierra» del valor: «El precio y el valor intrínseco de una cosa en general es la medida de la tierra y del trabajo que intervienen en su producción»²⁰.

El fundamento de estas posiciones remite a la base orgánica de las economías preindustriales. El ciclo solar, a través de las plantas, convertidores primarios de energía en alimentos, determinaba la oferta energética de los motores o convertidores animados; además, de forma directa, condicionaba la provisión de combustibles, materias primas, e, indirectamente, la de energía hidráulica y eólica. Las doctrinas económicas reflejaban fielmente la servidumbre tecnológica del momento. Dadas las limitaciones técnicas al transporte y almacenamiento de energía, y la acusada estacionalidad e incertidumbre de sus flujos, las posibilidades de mejorar los rendimientos de una economía se vinculaban a la dotación territorial de cada comunidad. Por lo mismo, el aprovechamiento de la biomasa del suelo imponía una rígida

²⁰ Las citas en Santos Redondo (1994, p. 5) y en Cuervo Mir y Ramos Gorostiza (2000, pp. 29-30).

organización del terrazgo en función de sus esquilmos *–ager/saltus/silva–* con el fin de salvaguardar el delicado equilibrio entre cereales y pastos, entre plantas, hombres y ganados²¹. La revolución científica del Barroco –cartesianismo, empirismo baconiano y nueva mecánica newtoniana– iba a abrir graves brechas en la tradición epistemológica preclásica. La idea de progreso y el paradigma mecanicista y causal se imponen, y, con ellos, una nueva cosmovisión: la de una naturaleza manipulable y sometida a regularidades aprensibles; la de un orden económico cada vez más emancipado de su base física; la de unos valores de cambio o venales más y más alejados de los valores de uso; la de una noción de riqueza que se desplaza de lo inmobiliario a lo monetario; en fin, la de una reflexión económica cada vez más independiente de la filosofía moral²². Con todo, los límites físicos del crecimiento económico seguirán presidiendo las preocupaciones fisiócratas y smithianas: la agricultura trazaba la senda «natural» que, desde el reino de la necesidad, conducía al estadio de la opulencia²³.

La agricultura, «reina de todos los políticos destinos»

Esa evidencia de Campomanes respecto al sector primario era ampliamente compartida por sus coetáneos, incluidos aquellos economistas ingleses para quienes la revolución industrial había permanecido «invisible»²⁴. La coexistencia de militancia y convicciones agraristas con actitudes industrialistas, más lógica que paradójica, recorría la geografía regional de las Luces españolas, haciéndose presente en las obras de Arriquíbar, Normante, Generés, Ramos, Arteta, Romá, Sarmiento, o en el *Discurso* de la Junta de Comercio de Barcelona. Esta última, pese al cinturón urbano y fabril que se desplegaba ante sus ojos, sostenía como incontestable que «la agricultura es la mina inagotable de las más seguras riquezas», porque «al cultivo de los campos siguen todos los provechos de la industria humana»²⁵.

Campomanes, que había denunciado la amortización de las tierras, la «codicia de los poderosos» y «el desorden en las labranzas», sabía perdida cualquier batalla por cuestionar los derechos de propiedad. El posibilismo dejaba una única salida: ya que «no se debe tocar en el dominio y todo se debe remediar en los arriendos», sólo quedaba margen para la reforma silenciosa; es decir, «enmendar por medios suaves e indirectos» los desequilibrios que amenazaban la estabilidad social y política. La promoción de esa vía indirecta le permitiría acuñar la primera

²¹ Wrigley (1993, pp. 12-37); González de Molina (2001, pp. 43-94).

²² Naredo (1987, pp. 74-86).

²³ Smith (1958, Lib. III, p. 343).

²⁴ Wrigley (1992, pp. 37-39).

²⁵ Junta de Comercio de Barcelona (1997, p. 47).

política agraria moderna española²⁶. Pero no sería suficiente. Si entre 1762 –acceso al Consejo de Castilla– y 1774 –publicación del *Discurso sobre la industria popular*– había apostado por las reformas agrarias, desde entonces, convencido de la inviabilidad de cohesionar la sociedad rural desde dentro, dirigirá su atención hacia las manufacturas.

«Mucho pueblo ocupado útilmente todo»

La historia económica internacional brindaba argumentos empíricos para aceptar como principio de economía política que «la fuerza de una monarquía consiste en su población». Fuera de contexto, la frase rezuma poblacionismo mercantilista; sin embargo, Campomanes irá más allá: el crecimiento del Estado moderno exigía reforzar el gasto público y la presión fiscal, pero «esa constancia, o permanencia de tributos, pide una mayor industria para hacerlos llevaderos; su peso, de otro modo, arruinaría los pueblos».

Era el mismo principio que se repetía una y otra vez, desde el *Bosquejo* –«para ser rico el monarca es necesario lo sean los vasallos»– a los *Apéndices*: la riqueza como resultado, «en el todo, o en la mayor parte, del trabajo». Pero, además, era el suyo un poblacionismo relativo: «Debe medirse el valor de la población, más que por el número de habitantes, con atención a la industria de cada uno»; como diría Arriquíbar, «la multiplicidad de familias en estado de contribuir es el mayor tesoro del Estado».

La «paradoja» poblacionista del mercantilismo, más que inadvertida, no fue objeto de consideración por quienes, como Campomanes, trabajan desde la hipótesis de que el ocio, la mendicidad o el subempleo se atribuían más a «fallos» del Estado que del mercado. Por lo mismo, se consideraba que existía un amplio margen de actuación para ampliar el mercado laboral. Las propuestas de reforma del régimen asistencial y la promoción de la «industria popular» urbana iban en la dirección de «desterrar la ociosidad», pues una población desempleada era «propensa a todo género de desórdenes»²⁷.

Especialización productiva o desarrollo sectorial equilibrado

En 1796, Jovellanos (1956, pp. 7-17), al valorar retrospectivamente la controversia entre agraristas e industrialistas –Arriquíbar hablaba de «sullistas» y

²⁶ García Sanz (1989a).

²⁷ Las citas, en Rodríguez Campomanes (1988, p.3); (1976, pp. 68-69); (1775-1777, *Apéndice IV*, pp.101-102); (1975, pp. 105-106); Arriquíbar (1987, p. 114); Rodríguez Campomanes (1975, p. 43), y (1775-1777, *Apéndice II*, pp. lxxv-cclxvi).

«colbertistas»—, la consideraba superada: «Una verdad muy importante para la economía política es que las fuentes de riqueza pública no solo están enlazadas, sino que también dependen unas de otras». Las raíces españolas de aquel debate se remontan a la «conciencia de la decadencia» que, desde el *Memorial* de L. Ortiz (1558), sacudiría a todos los arbitristas del Seiscientos, especialmente a los del llamado «grupo de Toledo». La apelación a la crisis industrial y a la necesidad de converger con las «naciones industriosas europeas» se convierte en tópica. Las obras de Martínez de Mata y A. de Osorio son el vehículo entre el industrialismo de Moncada, Olivares y Ceballos, y el de los autores de la primera mitad del siglo siguiente. Campomanes, al reeditar en los *Apéndices* los memoriales y discursos de Mata y Osorio, no hacía sino legitimar, recurriendo a fuentes de autoridad, su propia estrategia de crecimiento²⁸. Las tesis de ambos autores, dirá, «prueban y aclaran los raciocinios» formulados en el *Discurso*. Con ocasión de las anotaciones a Mata, Campomanes (1775, *Apéndices*, I, p. iii) reiterará hasta la saciedad:

«El encadenamiento que tiene la agricultura con las artes e industria, y ambas con la circulación [...]. Los que no han llegado a conocer esta natural y ordenada composición y descomposición jamás pueden atinar en sus propuestas».

También en este punto las posiciones de Campomanes gozaban de amplio respaldo. El capítulo XVI del *Proyecto económico* de Ward (1750) se titulaba «Cómo se dan la mano la agricultura, las fábricas y el comercio, y todas las tres a la población, de cuya unión resulta el poder y opulencia del Estado». En 1768 Romá i Rosell y en 1770 Arriquibar, al referirse a la economía como «un círculo que rueda al menor movimiento de las partes» o «como las piedras que cierran un arco», no hacían sino incorporar al acervo analítico de la economía un modelo explicativo propio del mercantilismo liberal: aquel que, partiendo de Boisguilbert y Cantillon, se acercaba a la misma en términos agregados. Será, sin embargo, en Campomanes donde aquel enfoque alcance su más amplia formalización. Así, en el *Discurso sobre la industria popular*, para corroborar que «la agricultura sola es insuficiente e incapaz de sostener a un país», contraponía la autoridad de Galiani a la de quienes, como Mirabeau o Serionne, con el propósito de «disuadir las manufacturas», hacían «correr en España la opinión de que bastaba animar la agricultura para que floreciese la península»²⁹.

La recepción de la doctrina fisiocrática no iba a mover a Campomanes de sus tesis: su «pragmatismo actuará como una barrera insalvable, a la manera de Galiani», frente a la nueva corriente³⁰. Aquella apuesta por una especialización productiva

²⁸ Anes (1971); Grice-Hutchinson (1982, p. 179).

²⁹ Las citas, en Rodríguez Campomanes (1775-1777, *Apéndice IV*, pp. 48-49), y (1775, p. 50).

³⁰ Lluch y Argemí (1985, p. 98).

equilibrada adquiere mayor relieve si se consideran las presiones diplomáticas de Francia e Inglaterra con ocasión de la revisión de los tratados internacionales. Se ha subrayado la paradoja de que el proteccionismo industrial practicado de puertas adentro por ambas naciones se tradujese en recomendaciones de «liberalismo agrario de exportación para los países de atraso relativo como España»³¹. En 1780, la Junta de Comercio de Barcelona, haciéndose eco de aquellas presiones, debatía en uno de los capítulos del *Discurso sobre la agricultura, comercio e industria del principado de Cataluña* la «opinión que quiere persuadir que la venta de los frutos es más ventajosa para las naciones». Por lo mismo, no debiera resultar extraño que A. Jardine tildase de «antiguos prejuicios» las pretensiones de Campomanes por «hacer de España un país de manufacturas»³².

4. EL PROGRAMA INDUSTRIAL: «INDUSTRIA POPULAR» Y FÁBRICAS

En los escritos de carácter industrialista anteriores a su entrada en el Consejo —el *Bosquejo* de 1750, la respuesta al *Discurso* de Cray Winckel de 1760 y las *Reflexiones sobre el estado de nuestras fábricas* de 1761—, son tres los temas que capitalizan el análisis de Campomanes: la defensa de una política económica que combinase el fomento agrario con el fabril, la crítica a las empresas públicas industriales y, por último, la defensa de las «manufacturas finas». Esta última propuesta la justificaba en el hecho de ser este tipo de establecimientos los que «emplean menos gente y producen más ganancia». La «lencería casera», por «estar repartida en todo el pueblo» y porque «los particulares las cuidan con bastante perfección», no precisaba del auxilio público; antes bien, «si el gobierno quisiera tomar parte de esta industria popular, acaso se atrasaría».

Entre 1762 y hasta 1774, Campomanes, como ya se dijo, desplazaba su atención hacia los problemas agrarios. Cuando, a partir del último año citado, su pluma vuelva a ocuparse del sector manufacturero, lo hará desde la experiencia del poder; también, previsiblemente, convencido de que, ante la inviabilidad de una ley agraria, sólo quedaba margen para reforzar las rentas campesinas y estabilizar la población rural. Así lo da a entender la premura con que entrega a la imprenta los seis volúmenes de los *Discursos y Apéndices*.

Respecto a trabajos anteriores, la novedad de los *Discursos* derivará tanto del carácter institucional de los mismos como del giro analítico que en ellos se advierte. La vocación reformista de los *Discursos*, pensados como guía para aplicar una política industrial específica, se advierte en el cuidado con que se seleccionan los entornos a los que aquélla se dirige. Para definirlos, Campomanes combina criterios

³¹ Llombart (1997, p. 82).

³² Pérez Berenguel (2001, p. 215).

de discriminación geográficos –manufactura rural dispersa/talleres u oficios urbanos–, tecnológicos –manufacturas «bastas», «populares» o «groseras»/«finas»–, de titularidad –fábricas reales/particulares–, institucionales –industria agremiada/doméstica– y cronológicos –fábricas «antiguas»/nuevas. Todo ello, completado con matizaciones que ayudasen a una interpretación y contextualización inequívocas de sus propuestas.

Veamos algunas: a) Si el *Discurso sobre la industria popular* se dirigía a «auxiliar la ocupación dispersa en las aldeas», el *Discurso sobre la educación popular de los artesanos* «intenta por el contrario circunscribir en su mayor perfección y más completa enseñanza la industria reunida de los gremios» urbanos. b) Tras proponer medidas de fomento para las manufacturas «bastas», advertía con relación a las «finas» de que «no es mi ánimo condenar esta especie de fábricas, muy buenas y a propósito para ocupar la gente pobre y ociosa de las ciudades», para añadir a renglón seguido: «Con esta distinción queda resuelto el problema distinguiendo de fábricas y poblaciones». c) Al contraponer la gestión y titularidad de las fábricas «particulares» a las «de cuenta de la Corona», señalaba: «Es menester no confundirse aquí, porque es exponerse a errar», ya que en los establecimientos públicos «no milita la misma paridad». d) La función negociadora del mercader-fabricante no es la misma en el medio rural que en el urbano. En el caso de la industria rural dispersa, y tras dejar sentado que «no puede prosperar por medio de compañías», circunscribía la intervención del capital mercantil a las tareas de despacho y distribución, y a las de «suministrar y adelantar algún dinero al vecino fabricante en cuenta de los géneros que ajusten». Tales reservas se diluían en cuanto dejaba de cuestionarse la independencia de las economías campesinas. En efecto, en las ciudades, el *Verlagssystem* merece todas sus bendiciones: «Tan lejos está de ser perjudicial a los artesanos fabricar de cuenta de los comerciantes que antes es este el medio único de sostener pujantes las manufacturas españolas»³³.

4.1. «Industria popular» rural: la industria rural dispersa

En el mundo rural, la «industria popular» trataba de explotar las ventajas asociadas a los bajos costes de oportunidad del trabajo campesino, así como las rentas de situación derivadas de la localización de los recursos energéticos y materias primas. Por esa vía se alcanzarían tanto objetivos económicos –ocupación de la población subempleada, reducción de importaciones, fomento de matrimonios...– como políticos –estabilidad y arraigo social, contención del éxodo rural, pago puntual de contribuciones... En las villas y ciudades, la reforma de la beneficencia, junto a la crea-

³³ Las citas, en (1983, pp. 667-686); (1975, pp. 58-59 y 167-168), y (1775-1777, *Apéndice III*, p.c).

ción de «escuelas-fábrica» y «escuelas patrióticas», buscaba rentabilizar los costes del confinamiento y aprovechar las economías externas generadas por las manufacturas concentradas.

La amplia literatura económica dedicada a las manufacturas rurales domésticas impone una selección de aquellos temas que, tratados por Campomanes, han suscitado mayor controversia.

Sobre la genealogía teórica del Discurso sobre el fomento de la industria popular

Durante la primera mitad del siglo, la influencia del colbertismo orientó buena parte de lo escritos de temática fabril hacia los problemas relativos a las manufacturas concentradas; mediada la centuria, su reflujo otorgó un mayor papel a los debates sobre la industria rural y los gremios. Al tratar de estos últimos aspectos en los *Discursos* y *Apéndices*, Campomanes hace expresa mención de sus deudas teóricas con Moncada, Ceballos, Mata y Osorio. No eran sus únicos acreedores intelectuales. En 1724, Uztáriz había tratado con cierta extensión los criterios de localización aconsejables para las manufacturas «finas». En 1726 lo hacía Macanaz, quien, a propósito de las «Razones que acreditan los lastimosos efectos que produce en España la falta de industria popular», recomendaba establecer «escuelas patrióticas» y manufacturas caseras. En 1762, era B. Ward quien resaltaba las ventajas competitivas que el *putting out* proporcionaba a la industria inglesa. En similares términos se expresarán E. Ramos y Olavide. Asimismo, conocía Campomanes la preferencia de Sarmiento por emplazar las manufacturas «en países retirados que abundan de gente pobre», criterio igualmente compartido por Arriquíbar³⁴. Con todo, la fuente de autoridad indiscutible para el asturiano será el *Tratado del cáñamo* de Marcandier³⁵. En el *Discurso sobre la industria popular* se reiteran, punto por punto, los argumentos en que aquél fundaba la superioridad de la industria «dispersa» frente a la «reunida».

Los vínculos con el agrarismo francés no se circunscribían a Marcandier ni a las fechas en que M. Rubín de Celis lo traduce. Ya en 1751, M. Joseph de Aoiz había hecho lo propio con Duhamel, quien había sugerido para el lino un tratamiento industrial similar al que Marcandier aplica al cáñamo. Que la industria rural era un tema de actualidad y debate lo prueba el artículo «Manufacture réunie, dispersée», incluido en la *Encyclopédie*, en el que se reiteraban las tesis de Marcandier y de los agraristas del grupo de Gournay, defensores de la industria rural como elemento de

³⁴ Uztáriz (1968, p. 335); Macanaz (1788); Ward (1982, p. 177); Cervera Ferri (2001, p. 136), y Perdices (2000, pp. 275-302), respectivamente.

³⁵ Llombart (1990); Lluch y Argemí (1993). La obra de Marcandier había sido traducida por Rubín de Celis en 1774.

cohesión para las economías campesinas. La temprana traducción de Duhamel y, desde 1755, la de las obras de Forbonnais y Plumard avalan las raíces agraristas francesas del *Discurso sobre la industria popular*. Pero ni los precedentes españoles ni la influencia francesa restan originalidad a Campomanes: en ningún escritor europeo el tratamiento de la industria rural alcanzó la sistematización, coherencia y proyección económicas que aquel le otorgó.

La «industria popular» bajo sospecha

Buena parte del juicio historiográfico sobre la «industria popular» se apoyó, casi exclusivamente, en la interpretación de unos pocos párrafos del *Discurso sobre la industria popular*. Dado que, en buena medida, las disparidades interpretativas parten de los textos que en el *Discurso sobre la industria popular* hacen referencia a la organización de la industria rural y a la «constitución económica» de Cataluña y Galicia, parece oportuno detenerse en ellos.

a) Problemas de organización: *Kaufssystem* vs. *Verlagssystem*

La industria rural doméstica «no puede prosperar por medio de compañía ni de cuenta de comerciantes» o de «fábricas que arrancan a las familias de la labranza». De estas líneas se ha inferido un «rechazo a los derroteros que debía tomar una industrialización de tipo moderno»; algo que no podía «excusarse alegando el desconocimiento de los ingredientes que hacían posible la industrialización a la inglesa»³⁶.

Los objetivos de Campomanes eran más modestos: «El sistema de este discurso se encamina a auxiliar al labrador por medio de la industria, uniéndola cuanto sea posible con la labranza». En cualquier caso, la apuesta del *Discurso* por la industria rural no parece anacrónica; antes bien, sintonizaba con «una realidad vigente, o incluso progresiva, en economías más avanzadas que la española»³⁷. Así lo constataron Macanaz, Ward o Uztáriz, conocedores directos de las principales regiones manufactureras europeas y cuyas valoraciones sobre las manufacturas rurales resultaban coincidentes con las mantenidas por observadores ingleses como D. Defoe, J. Tucker o J. Cary³⁸. En 1762, Ward sostenía que «el método que seguimos en España de tener edificios grandes aparte para una fábrica es contrario a la buena economía y al estilo de Inglaterra, donde los operarios tienen los telares en sus

³⁶ Delgado Ribas (1983, p. 258).

³⁷ Tedde (1992, I, p. 473).

³⁸ Berg (1983, pp. 33-61) y (1987, pp. 57-64).

respectivas casas». También Adam Smith advertía de que «sería absurdo imaginar que los seres humanos rinden más cuando trabajan para otros que cuando trabajan por su cuenta»³⁹.

Cosa bien distinta es apelar a la fracasada pretensión de convertir la «industria popular» en un agente dinamizador más de la economía española. Para Campomanes, fábricas e industria rural serían capaces de hacerla converger con aquellas naciones en que «los productos de la industria» son «el barómetro más seguro por donde se debe regular la progresión o decadencia del Estado, de su riqueza». ¿Exceso de voluntarismo? A la luz de la compleja y dispar trayectoria seguida por la industria rural doméstica en las diferentes regiones españolas, no lo parece⁴⁰. Y es que, como advirtiera el propio Fontana (1988, p. 69), la «industria popular» podía «vivir enquistada en una economía agraria estancada, como pasará en Castilla», o ser «capaz de fomentar las bases de un crecimiento conducente a la industrialización».

¿Excluía el *Discurso* la intervención empresarial externa en la gestión de la industria rural, esto es, el sistema de adelantos o encargos (*putting out*)? Inicialmente Campomanes se oponía a la presencia de «compañías» y limitaba el papel de los comerciantes mayoristas al «despacho» o comercialización, y a los «adelantos a cuenta» y bajo «ajuste». Acudiendo a la experiencia de las lencerías domésticas flamencas y a la lectura de Marcandier, reconocía el papel activo jugado por los «factores de las casas de comercio», por lo que admitía «ser regla segura imitar en esta parte lo que se ha probado bien en los países industriados». El rechazo a los comerciantes-fabricantes se reducía al caso de aquellos que gozasen de privilegios exclusivos, del mismo modo que la oposición a las «compañías» posiblemente deba restringirse a las «compañías de comercio y fábricas», con las que Campomanes se mostrará reiteradamente crítico por las franquicias, monopolios y exenciones de que disfrutaban⁴¹.

Pero será en los *Apéndices* donde tendrá ocasión de precisar con más detalle estas cuestiones. Si en el ámbito de la manufactura rural el papel del «mercader» debía limitarse «a los suplementos para materiales o jornales en cuenta de obra, y a asegurar la salida de lo que se fabrique», en el caso de la manufactura urbana, tal restricción desaparecía:

«Naturalmente, los hombres de caudal que conocen la progresión de una manufactura, así en las primeras materias como en el coste de las varias maniobras, emplean su dinero en animar las fábricas y anticipar fondos. De esta concurrencia de los acaudalados, resulta naturalmente el progreso de las fábricas [...]; tan lejos está de ser perjudicial a los artesanos fabricar de

³⁹ Las citas, en Ward (1982, pp. 130-131), y en Smith (1958, Lib. I, VIII, p. 81).

⁴⁰ González Enciso (1984); García Sanz (1996); Torras (1999).

⁴¹ Tedde (1992, I, p. 474); García Ruipérez (1986, pp. 521-549).

cuenta de los comerciantes que, antes, es este el medio único de mantener pujantes las manufacturas españolas»⁴².

Sin la presencia del capital mercantil en el proceso productivo, «el artista suele ser un jornalero con cierta habilidad estéril». Por todo ello, las relaciones que vertebraban la producción no debían conocer más límite que el de su sometimiento a «una convención recíproca entre personas que deben conocer sus intereses. Estas convenciones son libres y, salvo engaño, no debe mezclarse la ley en dirigiérlas»⁴³.

b) Dos modelos de «constitución económica»: Cataluña y Galicia

La «constitución económica» de Galicia le parecía al autor del *Discurso* «mucho más sólida y duradera» porque «de tiempo inmemorial ha unido a la labranza con la industria»; por ello, además de ser la región más poblada, era la que pagaba «más puntualmente sus tributos». Tras constatar que en Cataluña las manufacturas «utilizan solo Barcelona y algunos otros pueblos considerables», recomendaba «fomentar las aldeas, trasladando a ellas mucha parte de la industria que se va a las ciudades». ¿«Antiindustrialismo»? ¿anticatalanismo? Los matices importan:

- En 1764, Campomanes recomendaba para Galicia el emplazamiento urbano de sus industrias: «Muchas ciudades, donde debían estar situadas las manufacturas, se ven llenas de mendigos que no habría si se estableciesen fábricas»⁴⁴. Diez años después, al redactar el *Discurso*, mantendrá respecto a Galicia el mismo criterio: «Dar industria a los pueblos grandes». En Cataluña, en cambio, la situación le parecía bien distinta, pues allí los gremios «apartan de las aldeas y villas la propagación de la industria». Tal recelo pudo verse reforzado por el optimismo industrialista de autores como Romá, quien, frente a «algunos modernos, excesivamente idólatras de la agricultura», no dudaba en escribir: «¿Qué importa que la deserción de labradores hacia las artes quite algunos hombres de la campiña?». Los hechos se encargaron de mostrar lo infundado de aquellos temores del asturiano. En efecto, si la implantación de las indianas no hará sino potenciar la hilandería rural, los gremios, por su parte, lejos de obstaculizar las lencerías domésticas, acabarán integrándolas en el proceso productivo de las fábricas⁴⁵.

⁴² Rodríguez Campomanes (1775), *Apéndices*, II, p. 232.

⁴³ Las citas en (1775-1777, *Apéndice* I, p. 35, nº 23 y *Apéndice* III, pp. xcix-ci).

⁴⁴ M. de Castro (1958, pp. 245-254).

⁴⁵ Véanse Sánchez (1989); Molas (1970, pp. 519-539), y Torras (1999).

- Pese a todo, ¿se justificaba aquella suspicacia o recelo hacia la excesiva concentración fabril en torno a Barcelona? Entre 1736 y 1767, el número de fábricas de indianas en la ciudad pasó de 3 a 38, agrupando más de 1.000 telares y 4.000 operarios; en 1778 se censaban 71 establecimientos y 6.500 trabajadores. Entre las mismas fechas, escribe P. Vilar, «en los pueblos se hunde el excedente demográfico» y «la masa emigrante baja de las montañas, repuebla el oeste, busca trabajo en los mercados urbanos». Más aún: en 1765, «varios millares de pobres habían afluido hacia Barcelona; la caridad los había mantenido, pero también el contratarse en las fábricas de indianas: primer indicio del proceso que une la pobreza de los campos con la industrialización»⁴⁶.
- ¿Resultaba un «desvarío» la apuesta, implícita en el *Discurso*, por el sector linero frente al algodónero? Entre 1750 y 1800, la producción lencera gallega pasó de 16,9 a 25,7 millones de varas; entre las mismas fechas, la de algodón lo hizo desde 1,5 a 4,7 millones, lo que venía a confirmar al lino como «el algodón del antiguo régimen». Igual que hiciera Campomanes, otros autores como Larruga, Laborde, o Polo y Catalina, no dudaron en proponer el modelo fabril gallego al resto del país⁴⁷.
- Posiblemente incurriese Campomanes en la «negligencia» informativa que Capmany achacaba a los «autores nacionales» que escribían sobre Cataluña. Tal parece deducirse de las dos *Representaciones* (1776) con las que el Ayuntamiento de Barcelona rechazaba, por superfluas, las políticas de fomento contempladas en el *Discurso*, debido a que no había «casi un lugar ni villa en el Principado donde no se hallen establecidos uno o más telares de lienzo». Se hacía notar igualmente que con las «nuevas fábricas» de indianas «experimentaba la industria popular los más ventajosos progresos». De hecho, tanto la Junta de Comercio como la Compañía de Hilados habían establecido sólidos nexos cooperativos entre fábricas urbanas, gremios e industria rural doméstica.

4.2. «Industria popular» urbana: «escuelas patrióticas» y «escuelas-fábrica»

La literatura referida a la reinserción laboral de vagos y ociosos contaba con una larga tradición que, partiendo de L. Vives, Giginta o Pérez de Herrera, el Setecientos no dejará de ampliar: ocupó las plumas de Anzano y Campillo, fue objeto de tratamiento en las Ordenanzas Generales de 1775 y halló eco en las memorias concurrentes a la convocatoria que en 1781 formulara la Matritense para premiar el mejor estudio dedicado a la «corrección de los ociosos, destierro de la mendicidad volun-

⁴⁶ Vilar (1981, p. 182) y (1972, p. 245).

⁴⁷ Carmona Badía (1990, p. 127); Sánchez (1992, p. 232); Nadal (1991, p. 183); Lluch y Argemí (1993, p.186), respectivamente.

taria y fomento de la industria». En este horizonte, las aportaciones de Campomanes, más que por su originalidad, interesan por la oportunidad que la «industria popular» le brindaba para instrumentalizar una política activa de empleo. Asociando pobreza, mendicidad y ocio con peligrosidad social, esterilidad económica y desorden político, anticipará soluciones que los liberales del siglo siguiente acabarán haciendo suyas e institucionalizando⁴⁸. Las actuaciones propuestas abarcaban tres ámbitos diferenciados:

- Reconversión de hospicios y casas de misericordia en «escuelas de expósitos y mendigos» en las que unos y otros «ganen para mantenerse y salir con el tiempo enseñados para hacerse vasallos útiles». En este sentido, y pese a que desde mediados de siglo la población marginal urbana no dejó de incrementarse, se ha querido ver en la red asistencial un eficaz amortiguador de los episodios de resistencia colectiva. Que aquellos centros llegasen al ideal de autofinanciación al que Campomanes aspiraba fue algo irrealizable.
- En el *Discurso sobre las escuelas patrióticas* sistematizaba los criterios técnicos y económicos de unos establecimientos que, tutelados por las Sociedades Económicas, habrían de establecerse en las principales capitales y villas. Dirigidas por maestros, su principal objetivo sería formar aprendices e «ir sacando colonias a los pueblos» con vistas a propagar el «conocimiento y aumento de los nuevos ramos de riqueza a todos los parajes». La Instrucción de 1775 para las escuelas patrióticas de la Matritense fijará el modelo organizativo que más tarde imitarán otras provincias. El impulso de Campomanes a este plan quedó reflejado en sendas disposiciones de 1778 y 1786, por las que se pretendía asegurar la viabilidad financiera de unos cuerpos en los que los criterios de rentabilidad social primaban sobre los estrictamente económicos.
- Frente al carácter terapéutico y generalista de los proyectos anteriores, la formación profesional a través de «escuelas-fábrica» y «casas de enseñanza» tenía un perfil más profiláctico y selectivo. Campomanes partía de la experiencia proporcionada por las más de 125 escuelas de hilar que, desde 1754, figuraban adscritas a las Reales Fábricas de Guadalajara, San Fernando y Brihuega⁴⁹. Explotar las economías externas de aquellas manufacturas concentradas permitiría a las escuelas satisfacer el doble objetivo de educar y emplear. Con esas intenciones promovía en 1774 las «casas-fábrica» de Oviedo, Ribadeo y Santiago, destinadas a la elaboración de lienzo. La puesta en marcha del proyecto no estará exenta de contrariedades. El director del mismo, Cester, con el apoyo de la Compañía de Caracas, pretendía erigir en Ribadeo una «fábrica estable». La Instrucción del Consejo de Castilla establecía criterios técnicos y

⁴⁸ Carasa Soto (1995).

⁴⁹ Para estas cuestiones, véanse Callahan (1978); González Enciso (1978) y (1979); Helguera (1980).

organizativos bien distintos: rechazaba expresamente la idea de una manufactura concentrada porque, «cuando la gente hile y texa de su cuenta estos géneros, que es a lo que se aspira», cada casa u hogar familiar constituiría «una oficina especial de la familia».

Se ha visto en aquella Instrucción la expresión del triunfo de las fuerzas antiindustrialistas del Antiguo Régimen, opuestas a una «fábrica tan poderosa» que «era inadmisibile y opuesta a nuestra industria popular e intereses»⁵⁰. Sostener que Campomanes, frente a Cester, mantenía «posiciones claramente propias del Antiguo Régimen» invita de nuevo a matizar. En primer lugar, la desconfianza de Campomanes hacia las empresas públicas fabriles no era nueva, pues aparecía claramente expuesta en el *Bosquejo*. El *Discurso*, en el que no se ahorran críticas al Colbertismo, surge, precisamente, con la intención de imprimir un giro a esa política industrial⁵¹. La admiración profesada hacia las lencerías domésticas de Bretaña, Silesia o Irlanda se une a una recomendación: «Que las fábricas de paños de Guadalajara y Brihuega harían mayores progresos con el tiempo distribuyendo sus telares en particulares fabricantes, trabajando estos de cuenta propia». En tal sentido, la Instrucción resultaba coherente con estos planteamientos. En segundo lugar, en el *Discurso*, al ponderar la «constitución económica» gallega, se mantenía que, dado que ya la industria rural la había mantenido «poblada», únicamente restaba «el establecimiento de algunas otras industrias, y de más valor», así como esperar de la iniciativa privada que diese «industria a los pueblos grandes». En tercer y último lugar, cabe recordar que la superioridad que Campomanes atribuía a las «provincias marítimas» descansaba sobre los «menores vicios de la forma interior de su población y agricultura»; en las «provincias interiores», por el contrario, los vecinos «carecen de arraigo y con facilidad transmigran». Un año después, en 1764, conocedor de la emigración gallega a Portugal, denunciaba las «extorsiones que los pobres del Reyno de Galicia padecen de parte de los hacendados»⁵². Arraigar la población rural resultaba así esencial. Desde esa prioridad no debe resultar extraño que el proyecto de Cester suscitase rechazos.

4.3. Las fábricas: hacia una política industrial liberalizadora

Frente al carácter sistemático con que Campomanes había abordado la «industria popular» y las corporaciones gremiales, los temas fabriles son analizados por él

⁵⁰ Dopico (1978, p. 175); Carmona Badía (1990, pp. 161-165).

⁵¹ La Force (1966); Callahan (1972); González Enciso (2000).

⁵² Las citas, en *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (1975 [1774], p. 59, nº. 6, y pp. 76-77); (1976 [1763]); y en M. de Castro (1958: p. 251).

de forma más concisa y pragmática; por lo general, la mayor parte de sus reflexiones sobre fábricas irá siempre acompañada de recomendaciones concretas de política industrial.

La acotación del entorno fabril

Dando por establecido que en los *Discursos* «se han individualizado» las medidas de fomento correspondientes a la industria rural y a los oficios agremiados urbanos, el *Discurso preliminar sobre las fábricas* comienza perfilando un nuevo ámbito de actuación: a diferencia de aquellas manufacturas que «concluye el artífice por sí mismo, sin necesidad de otros medios auxiliares», las fábricas «emplean la industria y los oficios» en una «cadena compuesta de diferentes eslabones, cuya intensidad y energía ha de ser gradual y progresiva».

A los mayores costes de instalación y producción, las fábricas añaden los riesgos inherentes al cambio tecnológico, tanto en lo que se refiere a las innovaciones de producto —«*invención* nueva de todo punto»— como a las de proceso: «Adelantamiento de facilidad o primor en alguna fábrica, con ventaja para el mayor despacho». Y, ya que

«las artes se van perfeccionando diariamente, y también los instrumentos y máquinas, no basta establecer las artes y oficios, o poseerlos largo tiempo; es menester irles perfeccionando continuamente, a competencia de otras naciones»⁵³.

En el *Apéndice* tercero (1776) se glosaban casi un centenar de extractos técnicos procedentes de las *Descriptions des Arts et Métiers*. En los relativos al carbón mineral, y adelantándose a las iniciativas que en 1784 promoverá desde el Consejo de Castilla, recomendaba la transición del carbón vegetal al fósil, así como la implantación en minas, fundiciones y establecimientos metalúrgicos de la «máquina llamada bomba de fuego». Las industrias pesadas, como arsenales y fundiciones, deberían emplazarse en la proximidad a las fuentes energéticas o «simples voluminosos» con el objeto de «sacar baratas sus manufacturas». Pero los criterios de localización industrial debían adaptarse a la naturaleza de los procesos productivos: «Donde escasea el agua y la leña, no convienen ciertas fábricas; las que requieren máquinas hidráulicas deben estar a la orilla de los ríos»; las que «dependen del capricho de la moda», cerca de las «ciudades populosas» o «lugares ricos», pues, «aun cuando

⁵³ Rodríguez Campomanes, *Discurso sobre la educación popular de los artesanos* (1775 [1775], p. 146).

sean más caros los mantenimientos y los «jornales suban a proporción», el mayor despacho compensaría aquellos costes.

Lejos de mostrar, como se ha dicho, «oposición a la industria urbana» o de condenarla «expresamente», Campomanes, compartiendo los criterios de Ward o Uztáriz, se distanciaba de quienes, como la misma Junta de Comercio de Barcelona, recomendaban «apartar las fábricas y manufacturas de las poblaciones del lujo».

Cabe recordar, por último, el papel determinante que para el desarrollo industrial Campomanes atribuía al capital humano —«el barómetro para conocer la educación debe tomarse de la prosperidad»— y al marco institucional: «¿Habría legislador que intente adaptar sistemas fijos en lo que depende de experiencias, modas y descubrimientos?»⁵⁴.

Manufacturas «bastas» y «finas»

En 1760, contrariando las tesis de Cray Winckel, y aun admitiendo que «en el orden natural parece deba ponerse la aplicación en lo que es de mayor facilidad y consumo», mantenía que «el ministerio no debe ingerirse en las manufacturas o artes establecidas en el país para darles reglas que quiten la libertad; antes debe dejarse seguir su impulso natural». Dado que las «lencerías caseras» se hallaban «bien radicadas», la política industrial debía orientarse a promocionar las «finas», tanto por su mayor valor añadido como por su función equilibradora de la balanza comercial.

Dos años más tarde, con la rivalidad hispano-británica y la Guerra de los Siete Años como telón de fondo, Campomanes concluía las *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*. El análisis del modelo de explotación colonial británico —la «revolución mercantil», en feliz expresión del asturiano— le llevará a una conclusión contraria a la expuesta más arriba: son las «fábricas groseras» las que «por su gran despacho inclinan la balanza mercantil a su favor», siendo por ello «las más lucrosas». De ahí la conveniencia de promocionar «las fábricas de estos géneros, que, por el gran consumo, darían ocupación a muchos fabricantes». Opinión similar a la de Ward, quien aducía en defensa de las manufacturas «bastas» de lino «el inmenso consumo que hay de este género tanto en la Península como en América»⁵⁵. Desde 1774, la apuesta por la «industria popular» no puede sustraerse al fracaso cosechado por las manufacturas finas nacionales, así como a la evidencia de que la industria rural dispersa aportaba el cemento sobre el que se tejía el éxito competitivo exterior de la industria británica.

⁵⁴ Las citas, en (1775-77, *Apéndice II*, pp.iii-lxxxiv); (1984, p. 62); (1975, pp. 147-148); (1987, p. 205), y (1775-177, *Apéndices I*, pp. xxix, y III, pp. lxiii). Sobre los términos «industria» y «fábrica», *vid.* Maravall (1991).

⁵⁵ Rodríguez Campomanes (1988, p. 44), y Ward (1982, p. 122).

Colbertismo y Reales Fábricas

En el *Bosquejo*, sin dejar de reconocer el esfuerzo industrializador desplegado «en los últimos reinados», no disimulaba su rechazo al colbertismo fabril. Si en Francia, Inglaterra u Holanda se habían fundado manufacturas reales «para animar al pueblo a la imitación», progresivamente «todas se cedieron al comercio». También en España las circunstancias lo hacían aconsejable: «Hoy ya se va adelantando por los particulares bastante, y el Rey podría, por convenientes pactos, dimitir de sus fábricas».

En 1761, la constatación de que las fábricas establecidas en tiempos de Ripperdá «se han arruinado enteramente» le proporcionaba argumentos añadidos para sostener la ineficiencia empresarial de tales establecimientos, así como el fracaso de las políticas industriales con ellos ensayadas: sustitución de importaciones, suficiencia tecnológica o corrección de desequilibrios territoriales, entre otras. A partir de ahí, Campomanes propondrá una doble estrategia: «reducción de su número» e introducción de «temperamento de ahorro» en su gestión. En 1774, y refiriéndose al fracaso cosechado por el colbertismo de Carvajal, sentenciaba que «solo el tiempo es capaz de ir aclarando las verdaderas máximas que deben establecerse»⁵⁶. En esas mismas páginas, como ya se ha comentado, mantendría criterios privatizadores con relación a las industrias estatales implantadas en el sector textil.

La apuesta por una nueva política industrial

Es en los cuatro volúmenes de los *Apéndices* donde se pueden encontrar los fundamentos teóricos inspiradores de la misma. Si «el restablecimiento de las artes no es un pensamiento nuevo», tampoco lo era el diagnóstico sobre el atraso fabril español. La única diferencia respecto al tiempo de los arbitristas radicaba en el desconocimiento de los «principios económicos». Contando con la «aritmética política», con la información suministrada por «gacetas de comercio», «diarios económicos» e historias políticas al estilo de la de Hume, Campomanes se cree en condiciones de elaborar «un sistema ordenado de principios para tratar de lo que interesa a la causa general del Estado».

El paso siguiente será la incorporación de esos principios a las políticas de liberalización económica interior y protección exterior que articulaban el reformismo económico de Carlos III. Por esa vía se garantizarían la unidad y coherencia de las medidas de regulación y fomento industrial. Sin entrar en detalles sectoriales, cabría agrupar estas últimas en dos bloques. En el primero entrarían las destinadas a

⁵⁶ Las citas, en (1984, p. 102); (1983, p. 358) y (1975, p. 58). Para un balance general sobre esta cuestión, véase Helguera (1991).

asentar los principios de libertad fabril. La crítica a las Reales Fábricas y al subsistema privilegiado de las «compañías de comercio y fábricas» partía de la certeza de que «las fábricas con privilegios exclusivos, como no hallan otros fabricantes que le compitan en la venta, adulteran la fabricación para acumular sus ganancias en perjuicio del pueblo».

Sus comentarios a la legislación fabril de la época le ofrecen la posibilidad de concretar los límites de la acción institucional en el sector: «Cada uno es libre de poner las manufacturas que quiere», debiendo restringirse las intervenciones públicas en materia arancelaria, fiscal o comercial al caso de la industria naciente. Como tal, únicamente se contemplan dos casos: las fábricas «inventoras de algún secreto» o las que incorporen algún proceso que la iniciativa privada «ignora o no puede entablar sin el socorro del príncipe». Son esos criterios restrictivos los que, en 1779, orientan las medidas destinadas a estandarizar los instrumentos de promoción pública, base de la primera política propiamente industrial del siglo.

El segundo grupo de intervenciones se dirigió a ampliar la oferta de factores productivos y a estimular su asignación por el mercado. En esa línea, la liberalización del comercio interior, la eliminación de aduanas o la aminoración de las cargas fiscales que gravaban la venta y circulación de manufacturas tendían a reducir los costes de transacción; así, se evitaba que el empresario tuviese «parado su caudal, y con el que recibe pueda reproducir en el año sucesivo igual o superior cantidad de frutos». Respecto a los mercados coloniales, el «comercio libre» se contemplaba como el camino más idóneo para la «introducción y extensión de las manufacturas». Otras medidas, como la reforma gremial y del aprendizaje, la incorporación de la mujer a los oficios artesanales, la reorganización de la beneficencia o la libertad de industria, trabajo y fabricación, perseguían incentivar las iniciativas empresariales al permitir «que las gentes vendan, trabajen y compren a su satisfacción, libremente en todas partes»⁵⁷.

Sobre la discriminación industrial catalana

Las manufacturas catalanas, escribía en el *Discurso*, «están muy atrasadas» y, en el caso de Barcelona, «donde los jornales son más caros, se malearán o decaerán las establecidas de poco tiempo a esta parte». La dificultad de Campomanes para captar las economías externas asociadas a la concentración y especialización laboral le lleva a mantener la inconveniencia de establecer fábricas de algodón en regio-

⁵⁷ Las citas, en (1775-1777, *Apéndice I*, pp. iii-lxvi; *Apéndice III*, pp. 1-271; *Apéndice II*, pp. 221-222, n° 33; y *Apéndice IV*, pp. iii-lxxxvi). Sobre el régimen privilegiado de las Compañías, vid. Matilla Quiza (1982); sobre la nueva política fabril, vid. Rodríguez Labandeira (1982), y Anes (1988).

nes que contasen ya con manufacturas laneras, porque, «siendo aquellas más limpias, la gente se dedicará a ellas y abandonará las segundas». Pese a todo, Campomanes no ignoraba las ventajas de la nueva fibra: «Suple por el lienzo, y aun por la lana y seda, se mezcla con cualquiera de los géneros [...] y produce mucha variedad de manufacturas que salen baratas y son muy usuales». Tal vez por ser sabedor de lo fragmentaria de su información respecto a la industria catalana es por lo que, hasta en dos ocasiones, llega a comprometer la redacción de un «tratado particular» sobre el algodón que nunca llegaría a redactar⁵⁸.

¿Cabe deducir que su opción por las «lencerías domésticas» y otras fibras tradicionales acabó plasmándose en una política discriminatoria hacia la indianería catalana? Se ha insistido ora en la «tradicional hostilidad» de Castilla y sus ministros hacia la industria catalana, ora en el «proteccionismo irrisorio» o matizado dispensado a la misma, ora en la abierta oposición de Campomanes al modelo fabril que las indianas catalanas representaban.

Sostener que el ramo algodonero catalán gozó de «privilegios fiscales y jurídicos de poca importancia» supone olvidar que el Principado, con relación a la Hacienda central, gozaba de una situación «ciertamente privilegiada», o que la fiscalidad borbónica se desarrolló en Cataluña bajo criterios de «racionalidad y moderación». Esa misma percepción tenía Townsend, quien advertía que la industria barcelonesa, al verse libre de «la influencia paralizadora» de alcabalas, cientos y millones, disponía de «una indiscutible superioridad» sobre las restantes provincias; añadía el viajero inglés que Barcelona se hallaba «en deuda con el conde de Campomanes por la supresión del peor impedimento que contra los fabricantes jamás ha inventado la ciega avaricia de los soberanos. Se refería a la «bolla», reiteradamente criticada por el asturiano⁵⁹.

Respecto a la política arancelaria, Campomanes, admitiendo el «gravísimo perjuicio» infligido a las indianas por el real decreto de 7 de mayo de 1760, siempre mantuvo como «indispensable» mantener la prohibición de entrada a los algodones asiáticos. En esa dirección, la historiografía se ha mostrado bastante unánime al valorar la positiva contribución del proteccionismo impuesto a partir de 1768. Las mayores discrepancias aparecen cuando se considera el papel desempeñado por el Reglamento de libre comercio. La interpretación del tratamiento dispensado en el mismo a los productos de la «industria popular» como una discriminación al moderno industrialismo catalán ha sido matizada al tomar en consideración el papel desempeñado por los mercados catalán y español, las diferentes sendas de especializa-

⁵⁸ (1975, p. 88); (1775, *Apéndice II*, p. liii).

⁵⁹ Para los comentarios citados, La Force (1965); Carrera Pujal (1945, IV, p. 142); Thompson (1995); Delgado Ribas (1989); García-Cuenca (1983, p. 249); Martínez Shaw (1985, p. 96); Zafra Oteiza (1990); Townsend (1988, pp. 67 y 422). Las críticas de Campomanes a la bolla, en (1775-1777, *Apéndice II*, pp. cxlix y cliii, y *passim*).

ción del sector algodonero o el protagonismo de las industrias rurales, muy alejadas del carácter feudal y arcaizante que le atribuyen los críticos al Reglamento. Por todo ello, no parece que la apuesta de Campomanes por la «industria popular» o por el «comercio libre» encubriesen una discriminación premeditada hacia las manufacturas urbanas barcelonesas o catalanas. De admitir lo anterior, cabría trasladar las críticas a la falta de sensibilidad por parte de la política industrial borbónica hacia un sector fabril emergente como el algodón. En este caso, la ausencia de una estrategia definida de apoyo a la indianería podría mitigarse si se toma en consideración que el algodón, para 1778, se mostraba aún como un ramo industrial «balbuciente, de muy reducidas dimensiones y trayectoria imprevisible»⁶⁰.

5. CONCLUSIONES

Se ha venido utilizando genéricamente el término «industrialismo» para calificar el programa y las políticas económicas en las que Campomanes cimentaba una estrategia de crecimiento en la cual las manufacturas debían desempeñar un papel crucial. Tal industrialismo, compatible con posiciones agraristas, siguió siendo un lugar común entre autores como Flórez Estrada o Canga Argüelles. El del asturiano distará, lógicamente, del mantenido por aquellos economistas que, pasado el primer tercio del siglo XIX, y por disponer de mayores recursos analíticos y evidencias empíricas sobre la nueva industria, podían disertar sobre la superioridad del orden económico y tecnológico representado por el *factory system*.

Pese a ello, transferido a su contexto histórico, el esquema analítico utilizado por Campomanes para legitimar su defensa de la industria no se alejaba del que venía siendo usual en la literatura económica europea del momento⁶¹. Sin pretender originalidad y sin voluntad sistematizadora, tres son los argumentos que Campomanes toma en préstamo de aquella:

- El relativo a la superior productividad y valor añadido de la industria lo recibe de la tradición arbitrista. Como Moncada o Mata, no duda de que las manufacturas «sobrepujan el valor de las primeras materias»; estas últimas, «transformadas en manufacturas y artefactos, adquieren un valor prodigioso».

- En cuanto a las relaciones intersectoriales, mantiene, como ocurría en el mercantilismo liberal y en el agrarismo poblacionista, las debilidades de un crecimiento económico basado en la agricultura. Aun admitiendo el papel primordial de la tierra y del trabajo como generadores de riqueza, la relación causal entre consumo y

⁶⁰ Delgado Ribas (1983), (1986) y (1987); Martínez Shaw (1974) y (1987); Fontana (1974); Vilar (1981); Sánchez (1989, pp. 84-85); Torras (1984); Maluquer (1984). Sobre los debates en torno al Reglamento, vid. Oliva Melgar (1988).

⁶¹ Cfr. Almenar (1997a), (1997b) y (2000), así como Almenar, Lluch y Argemí (1999).

producción convertía a la industria en garante del sector primario: es un axioma, dirá, que la agricultura «no puede florecer sin artes que den valor y consumo a los frutos»⁶².

– El último argumento industrialista se justifica en el papel de las manufacturas respecto a la balanza de comercio. La doctrina de la balanza en términos de empleo o balanza de trabajo, expuesta por Cantillon y Steuart, apuntaba a la ventaja de la exportación de productos industriales por redundar en mayores niveles internos de empleo y en mayores contrapartidas monetarias⁶³. Campomanes lo explicaría en el *Discurso* (p. 119) en estos términos:

«Sabida la proporción de mercaderías que vende un país al extranjero y calculando las personas que necesitan para maniobrar, se conoce fácilmente el número de habitantes que mantiene a costa de los países extranjeros que las consumen; así, se entiende bien cómo un país industrial puede aumentar el pueblo y mantenerle a costa de las naciones vecinas».

Toca preguntar ahora si aquel industrialismo, sucintamente esbozado por Campomanes, traspasó el umbral de la economía política para dotar de coherencia a su proyecto fabril. Sin dejar de cuestionar el carácter extensivo y el tradicionalismo tecnológico que presidió buena parte del crecimiento manufacturero español del Setecientos, la historiografía económica ha valorado positivamente el impacto que sobre aquel tuvieron las políticas industrial, comercial y arancelaria auspiciadas por Campomanes. El efecto de las mismas se dejaría notar tanto sobre los resultados agregados del sector como sobre sus diversos componentes: siderometalurgia vascongada, lencería gallega, algodón, carbón... Regionalmente, los resultados del reformismo industrial han sido dispares. En casos como los de Aragón, Andalucía o País Valenciano, la falta de respuesta a los estímulos industrializadores ha sido atribuida, más que a la acción política, a la debilidad del mercado interior y a la ausencia de compromisos inversores de las respectivas burguesías locales. En estos, como en otros casos, se reconoce el límite que las estructuras económicas propias de una sociedad tardofeudal imponen a cualquier estrategia de crecimiento que ponga en tela de juicio los mecanismos de detracción de la renta agraria⁶⁴.

Inferir, a partir de lo expuesto, que la acción de Campomanes se limitó a una mera racionalización del orden social vigente no parece ajustarse a la realidad. Y es que,

⁶² Rodríguez Campomanes (1775-1777, *Apéndices* I, p. 437, y IV, p. xxviii).

⁶³ Cabrillo (1991, p. 29).

⁶⁴ Valoraciones de conjunto en Anes (1989, p. 63) y García Sanz (1989b, pp. 387-388). Sobre los aspectos sectoriales enunciados, Bilbao y Fernández de Pinedo (1982); Bilbao (1989); Saavedra y Villares (1985); Vilar (1992) y Coll (1982). Sobre disparidades regionales, Martínez Shaw (1996); Fernández Clemente y Pérez Sarrión (1985); García Baquero (1985); Ruiz Torres (1985). Para una valoración final, García Sanz (1985, p. 680); Marcos Martín (2000, p. 661).

en la segunda mitad del siglo, las alternativas entre las que se movían los ilustrados no estaban tanto «entre reforma moderada y cambio estructural, y mucho menos revolución, sino entre despotismo ilustrado o no ilustrado». Admitiendo las restricciones a las que se sometía la acción reformista, la política industrial campomanista, orientada a compatibilizar riqueza de los súbditos y fortaleza de la monarquía, debió de moverse entre dos estrechos márgenes de naturaleza institucional: el de la inalienabilidad de los derechos de propiedad sobre la tierra y el representado por una sociedad rígidamente corporativa. El primero de aquellos le llevó a patrocinar la «industria popular» como única vía de crecimiento que, sin alterar los equilibrios entre población y subsistencias, posibilitaba la inserción del trabajo rural en las redes o circuitos de la manufactura; además, de forma añadida, se fortalecía la renta familiar y se apuntalaba la demanda interior. En el segundo caso, la desconfianza hacia el mundo gremial y hacia las manufacturas estatales le hizo apostar por la «mano visible» ilustrada como instrumento para crear un entorno empresarial más proclive a la iniciativa privada y a la acción espontánea del mercado. Reconvirtiendo una idea ya expuesta por Llombart, cabría concluir que, si no hubo mayor crecimiento industrial, no fue «a causa» de Campomanes, y que el crecimiento producido no se dio «a pesar» de él, sino que se vio favorecido por sus actuaciones⁶⁵.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMENAR, S. (1997a): «Agricultura y manufacturas a debate. De Cantillon a Ricardo». Valencia: Universidad de Valencia. Documento de Trabajo.
- (1997b): «Los primeros economistas clásicos y la industrialización», en G. Bel y A. Estruch (coords.), *Industrialización en España: entusiasmos, desencantos y rechazos. Ensayos en homenaje al profesor Fabián Estapé*. Madrid: Civitas, pp. 139-166.
- (2000): «El desarrollo del pensamiento económico clásico en España», en E. Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. IV. Los economistas clásicos*. Madrid: Círculo de Lectores, pp. 7-93.
- ALMENAR, S., LLUCH, E., y ARGEMÍ, L. (1999): «Els industrialismes a Espanya, 1804-1850», en Dr. J. Nadal. *La industrialización y el desarrollo económico de España*. Barcelona: Universidad de Barcelona, vol. II, pp. 1436-1454.
- ANES, G. (1971): «Nota preliminar» a *Memoriales y discursos de F. Martínez Mata*. Madrid: Moneda y Crédito, pp. 11-93.
- (1984): «El sector agrario en la España moderna». *Papeles de Economía Española* 20, pp. 2-20.
- (1987): «Exenciones y franquicias en los reinados de Carlos III y Carlos IV». *Hacienda Pública Española* 108-109, pp. 101-155.
- (1989): «Sociedad y economía», en *Congreso Internacional Carlos III y la Ilustración. Economía y sociedad*. Madrid: Ministerio de Cultura, Vol. II, pp. 1-139.

⁶⁵ Las dos citas finales corresponden a Llombart (1992, p. 365), y (1984, p. 32).

- ARRIQUÍBAR, N. de (1987) [1779]: *Recreación política. Reflexiones sobre el Amigo de los Hombres en su tratado de población, considerado respecto a nuestros intereses*. Edición de J. Astigarraga y J. M. Barrenechea. Bilbao: Universidad de Deusto - Instituto Vasco de Estadística.
- ASTIGARRAGA, J. (2003): *Los ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España*. Barcelona: Crítica.
- AVILÉS FERNÁNDEZ, M., y CEJUDO, J. (eds.) (1983): *Pedro Rodríguez Campomanes. Epistolario. Tomo I (1747-1777)*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- BERG, M. (1983): «Political Economy and the Principles of Manufactures, 1700-1800», en M. Berg, P. Hudson y M. Sonenscher (eds.), *Manufacture in Town and Country before the Factory*. Cambridge, R.U.: Cambridge University Press, pp. 33-61.
- (1987): *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la revolución industrial británica*. Barcelona: Crítica.
- BILBAO, L. M. (1989): «Luces y sombras de la siderometalurgia española en el reinado de Carlos III», en *Congreso Internacional Carlos III y la Ilustración. Economía y sociedad*. Madrid, Vol. II, pp. 337-357.
- BILBAO, L. M. y FERNÁNDEZ DE PINEDO, E. (1982): «Auge y crisis de la siderometalurgia tradicional en el País Vasco, 1700-1850», en P. Tedde (ed.), *La economía española al final del Antiguo Régimen. II. Las manufacturas*. Madrid: Banco de España - Alianza, pp. 133-228.
- BUSTOS, M. (1983): *El pensamiento socioeconómico de Campomanes*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- CABRILLO, F. (1991): *El nacimiento de la economía internacional*. Madrid: Civitas.
- CALLAHAN, W. J. (1972): «La política económica y las manufacturas del Estado en el siglo XVIII». *Moneda y Crédito* 38, pp. 5-19.
- (1978): «Caridad, sociedad y economía en el siglo XVIII». *Moneda y Crédito* 146, pp. 65-77.
- CARASA SOTO, P. (1995): «Los peligros de la pobreza, los valores del liberalismo y las soluciones asistenciales burguesas», en J. M. Donézar y M. Pérez Ledesma (eds.), *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. 2. Economía y sociedad*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, pp. 421-439.
- CARMONA BADÍA, J. (1990): *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles (1750-1900)*. Barcelona: Ariel.
- CARRERA PUJAL, J. (1945): *Historia de la economía española*. Barcelona: Bosch.
- CASTRO, C. de (1991): «Mercado y sociedad estamental en Campomanes». *Revista de Historia Económica* IX (2), pp. 315-339.
- (1996): *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado*. Madrid: Alianza.
- CASTRO, M. de (1958): «Textos y documentos». *Cuadernos de Estudios Gallegos* XIII, pp. 245-254.
- CERVERA FERRI, P. (2001): «El pensamiento económico de la Ilustración valenciana (1760-1826)». Valencia: Universidad de Valencia. Tesis doctoral.
- COLL MARTÍN, S. (1982): «La minería del carbón en la España del Antiguo Régimen (1770-1835)», en P. Tedde (ed.), *La economía española al final del Antiguo Régimen. II. Las manufacturas*. Madrid: Banco de España - Alianza, pp. 229-330.
- COLMEIRO, M. (1988) [1863]: *Historia de la economía política española*. Madrid: Banco Exterior de España.

- CUERDO MIR, M., y RAMOS GOROSTIZA, J. L. (2000): *Economía y filosofía: una historia de las ideas*. Madrid: Síntesis.
- DELGADO RIBAS J. M. (1983): «Política ilustrada, industria española y mercado americano (1720-1820)». *Pedralbes* 3, pp. 253-263.
- (1986): «Libre comercio: mito y realidad», en T. Martínez Vara (ed.), *Mercado y desarrollo económico en la España contemporánea*. Madrid: Siglo XXI, pp. 69-85.
- (1987): «El modelo catalán dentro del sistema de libre comercio (1765-1820)», en A. M. Bernal (coord.), *El comercio libre entre España y América Latina (1765-1824)*. Madrid: Fundación Banco Exterior, pp. 53-69.
- (1989): «Floridablanca y el planteamiento de la política agraria de Carlos III», en *Estructuras agrarias y reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII. Actas del Seminario de Segovia sobre Agricultura e Ilustración*. Madrid: MAPA, pp. 639-661.
- DOPICO, F. (1978): *A Ilustración e a sociedade galega. A visión de Galicia dos economistas ilustrados*. Vigo: Galaxia.
- ELORZA, A. (1970): *La ideología liberal en la Ilustración española*. Madrid: Tecnos.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. y PÉREZ SARRIÓN, G. (1985): «El siglo XVIII en Aragón: una economía dependiente», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a P. Vilar*. Barcelona: Crítica, pp. 565-629.
- FONTANA, J. (1973): *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*. Barcelona: Ariel.
- (1974): «Comercio colonial e industria: unas reflexiones sobre el origen de la industria moderna en Cataluña», en J. Nadal y G. Tortella (eds.), *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*. Barcelona: Ariel, pp. 358-365.
- (1988): «La fi de l'Antic Règim i la industrializació (1787-1868)», en P. Vilar (dir.), *Historia de Catalunya*, vol. V. Barcelona: Edicions 62, pp. 67-73.
- (1995): «Introducción» a E. R. Larruga, *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*. Zaragoza: Instituto Aragonés de Fomento, pp. 1-15.
- GARCÍA RUIPÉREZ, M. (1986): «El pensamiento económico ilustrado y las compañías de comercio». *Revista de Historia Económica* IV (3), pp. 521-549.
- GARCÍA SANZ, A. (1985): «El interior peninsular en el siglo XVIII: crecimiento moderado y tradicional», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a P. Vilar*. Barcelona: Crítica, pp. 630-680.
- (1989a): «La política agraria ilustrada y sus realizaciones», en *Estructuras agrarias y reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII. Actas del Seminario de Segovia sobre Agricultura e Ilustración*. Madrid: MAPA, pp. 629-639.
- (1989b): «Industria textil tradicional y las reformas de la Ilustración: las transformaciones de la pañería segoviana durante el reinado de Carlos III», en *Congreso Internacional sobre Carlos III y la Ilustración. Economía y Sociedad. Actas*. Madrid: Ministerio de Cultura. Vol. II, pp. 363-389.
- (1996): «Verlagssystem y concentración productiva en la industria pañera de Segovia durante el siglo XVIII». *Revista de Historia Industrial* 10, pp. 11-37.
- GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, A. (1985): «Andalucía en el siglo XVIII: el perfil de un crecimiento ambiguo», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a P. Vilar*. Barcelona: Crítica, pp. 342-413.

- (1989): «Economía y sociedad», en A. Domínguez Ortiz (dir.), *Historia de España. VII. El reformismo borbónico (1799-1789)*. Madrid: Planeta, pp. 245-310.
- GARCÍA-CUENCA ARIATI, T. (1983): «Las Rentas Generales o de Aduanas de 1740 a 1774», en G. Anes, L. A. Rojo y P. Tedde (eds.), *Historia económica y pensamiento social*. Madrid: Banco de España - Alianza, pp. 237-263.
- GONZÁLEZ, M. J. (1988): «Campomanes y Jovellanos ante el marco institucional de la economía de mercado». *Información Comercial Española* 516, pp. 103-113.
- (1990): «Campomanes y Jovellanos ante los problemas de modernización del Antiguo Régimen». *Hacienda Pública Española. Monografías* 2, *Carlos III y la Hacienda Pública*, pp. 13-25.
- GONZÁLEZ ENCISO, A (1978): «La industria lanera en Castilla en el siglo XVIII». *Cuadernos de Investigaciones Históricas* 11, pp. 269-289.
- (1979): «Fomento industrial y Sociedades Económicas: las escuelas patrióticas y de hilar en España en el siglo XVIII». *Investigaciones Históricas* 1, pp. 129-175.
- (1984): «La protoindustrialización en Castilla la Vieja en el siglo XVIII». *Revista de Historia Económica* II (3), pp. 51-82.
- (2000): «La política industrial en el siglo XVIII», en L. A. Ribot García y L. de Rosa (dirs.), *Industria y época moderna*. Valladolid, Actas, pp. 15-46.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (2001): «Condicionamientos ambientales del crecimiento agrario español», en J. Pujol et al. (eds.), *El pozo de todos los males. Sobre el atraso de la agricultura española contemporánea*. Madrid: Crítica, pp. 43-95.
- GRAMPP, W. (1971): «Los elementos liberales del mercantilismo inglés», en J. J. Spengler y W. R. Alen (eds.), *El pensamiento económico de Aristóteles a Marshall*. Madrid: Tecnos, pp. 70-105.
- GRICE-HUTCHINSON, M. (1982): *El pensamiento económico en España (1177-1740)*. Barcelona: Crítica.
- HELGUERA QUIJADA, J. (1980): «Asistencia social y enseñanza industrial en el siglo XVIII: el Hospicio y las Escuelas-fábrica de Alcaraz (1774-1782)». *Investigaciones Históricas* 2, pp. 71-106.
- (1991): «Las Reales Fábricas», en F. Comín y P. Martín Aceña (eds.), *Historia de la empresa pública en España*. Madrid: Espasa-Calpe, pp. 57-88.
- HIRSCHMAN, A. (1989): *Enfoques alternativos sobre la sociedad de mercado*. México D.F.: FCE.
- JOVELLANOS, G. M. de (1956) [1796]: «Introducción a un discurso sobre economía civil», en *Obras publicadas e inéditas del Sr. D. ... BAE*, tomo LXXXVII, vol. V. Ed. de M. Artola. Madrid: Atlas, pp. 7-17.
- JUNTA DE COMERCIO DE BARCELONA (1997) [1780]: *Discurso sobre la agricultura, comercio e industria del Principado de Cataluña*, edición de E. Lluch. Barcelona: Diputació de Barcelona - Alta Fulla.
- LAFORCE, J. C. (1966): «La política económica de los reyes de España y el desarrollo de la industria textil, 1750-1820». *Hispania* 102, pp. 268-293.
- LARRUGA, E. (1995-1997) [1787-1800]: *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España con inclusión de los reales decretos, órdenes, cédulas, aranceles y ordenanzas expedidas para su gobierno y fomento*. 15 Vol. Ed. Facsimilar. Presentación de E. Lluch y A. Sánchez Hormigo e Introducción de J. Fon-

- tana. Zaragoza: Instituto Fernando el Católico - Instituto Aragonés de Fomento - Gobierno de Aragón.
- LÓPEZ, F. (1975): «La historia de las ideas en el siglo XVIII: concepciones antiguas y revisiones necesarias». *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII* 3, pp. 3-19.
- LLOMBART, V. (1990): «El enigma de la paternidad del Discurso sobre el fomento de la industria popular: Campomanes rehabilitado». *Cuadernos de Investigaciones Históricas* 13, pp. 283-303.
- (1992): *Campomanes, economista y político de Carlos III*. Madrid: Alianza.
- (1994): «La política económica de Carlos III: ¿fiscalismo, cosmética o estímulo al crecimiento?». *Revista de Historia Económica* XII (1), pp. 11-43.
- (1997): «Convicciones agraristas y actitudes industrialistas. Paradojas de la Ilustración (de Adam Smith a Jovellanos)». en G. Bel y A. Estruch (coords.), *Industrialización en España: entusiasmos, desencantos y rechazos. Ensayos en homenaje al profesor Fabián Estapé*. Madrid: Civitas, pp. 61-85.
- (2000): «Campomanes, el economista de Carlos III», en E. Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. 3. La Ilustración*. Madrid: Círculo de Lectores, pp. 201-255.
- (ed.) (1988): *Pedro Rodríguez Campomanes. Reflexiones sobre el comercio español a Indias*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales - Ministerio de Economía y Hacienda.
- LLOPIS AGELÁN, E. (1986): «¿Los 'siglos' XVIII en España, o las 'Españas' del Setecientos?». *Revista de Historia Económica* IV (3), pp. 589-609.
- LLUCH, E. (1971): «El mercantilismo industrialista (Capmany y Caresmar): entre el capitalismo comercial y los gremios». *Anales de Economía* 10, pp. 19-60.
- (1976): «La Cataluña industrial: del mercantilismo al prohibicionismo». *Información Comercial Española* 517, pp. 27-36.
- (1997): «La visión económica de Sarmiento», en *O Padre Sarmiento e o seu tempo. Actas del Congreso Internacional del Tricentenario*. Santiago: Universidad de Santiago, pp. 91-102.
- (1999): *Las Españas vencidas del siglo XVIII. Claroscuros de la Ilustración*. Barcelona: Crítica.
- (2000): «El industrialismo en la Corona de Aragón y en la Corona de Castilla (siglo XVIII)», en E. Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. 3. La Ilustración*. Madrid: Círculo de Lectores, pp. 577-582.
- Y ARGEMÍ, L. (1985): «La fisiocracia en España», en E. Lluch y L. Argemí, *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*. Valencia: Instituto Alfonso V, pp. 45-98.
- (1993): «Genealogía e influencia del *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (1774)». *Revista de Historia Industrial* 3, pp. 179-190.
- MACANAZ, M. de (1788): «Representación que hice y remití desde Lieja...». *Semanario Patriótico* VII, pp. 159-204.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1984): «La historia económica de Cataluña». *Papeles de Economía Española* 20, pp. 268-281.
- MARAVALL, J. A. (1991): «Dos términos de la vida económica. La evolución de los vocablos 'industria' y 'fábrica'», en C. Iglesias (comp.), *Estudios de la historia del pensamiento español. Siglo XVIII*. Madrid: Mondadori, pp. 139-161.
- MARCOS MARTÍN, A. (2000): *España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad*. Barcelona: Crítica.

- MARTÍN RODRÍGUEZ, M. (1964): *Pensamiento económico español sobre la población. De Soto a Matanegui*. Madrid: Península.
- (1999): «Población y análisis económico en el mercantilismo español», en E. Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. 2. De los orígenes al mercantilismo*. Madrid: Círculo de Lectores, pp. 499-523.
- MARTÍNEZ SHAW, C. (1974): «Los orígenes de la industria algodonera catalana y el mercado colonial», en J. Nadal y G. Tortella (eds.), *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*. Barcelona: Ariel, pp. 243-267.
- (1985): «La Cataluña del siglo XVIII: bajo el signo de la expansión», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a P. Vilar*. Barcelona: Crítica, pp. 55-132.
- (1987): «El comercio libre y Cataluña: contribución a un debate», en A. M. Bernal (coord.), *El comercio libre entre España y América Latina, 1765-1824*. Madrid: Fundación Banco Exterior, pp. 43-53.
- (1996): «Las vías de desarrollo regional en la España del siglo XVIII», en Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII (ed.), *El mundo hispánico en el Siglo de las Luces*. Madrid: Ed. Complutense, pp. 177-192.
- MATILLA QUIZA, M. J. (1982): «Las compañías privilegiadas en la España del Antiguo Régimen», en M. Artola (ed.), *La economía española al final del Antiguo Régimen. IV. Instituciones*. Madrid: Banco de España - Alianza, pp. 269-402.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, M. (1987) [1881]: *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: BAC.
- MOLAS RIBALTA, P. (1970): *Los gremios barceloneses del siglo XVIII*. Madrid: CECA.
- NADAL, J. (1991): «Sobre l'entitat de la indianeria barcelonina del set-cents». *Recerques* 24, pp. 181-185.
- NAREDO, J. M. (1987): *La economía en evolución. Historia y perspectiva de las categorías básicas del pensamiento económico*. Madrid: Siglo XXI.
- OLIVA MELGAR, J. M. (1988): «El comercio colonial de Cataluña en la época de Carlos III: del sistema de puerto único al comercio libre. Aportaciones y debates». *Pedralbes* 8, pp. 447-469.
- PERDICES DE BLAS, L. (1997): «La restauración de la riqueza de España por la industria. Reflexiones sobre el industrialismo de los arbitristas del siglo XVII», en G. Bel y A. Estruch (coords.), *Industrialización en España: entusiasmos, desencantos y rechazos. Ensayos en homenaje al profesor Fabián Estapé*. Madrid: Civitas, pp. 31-61.
- (2000): «Agronomía y fisiocracia en la obra de Pablo de Olavide», en E. Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles. 3 La Ilustración*. Madrid: Círculo de Lectores, pp. 275-302.
- PÉREZ BERENGUEL, J. F. (2001): *Alexander Jardine. Cartas de España*. Alicante: Universidad de Alicante.
- REEDER, J. (1975): «Estudio preliminar», en Rodríguez Campomanes, P. (1975), pp. 5-37.
- RODRÍGUEZ CAMPOMANES, P. (1984) [1750]: *Bosquejo de política económica delineado sobre el estado presente de sus intereses*, ed. de J. Cejudo. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- (1983a) [1760]: *Carta a Cray Winckel en contestación a su Discurso sobre el estado de las artes en España respecto a la agricultura*, en Avilés Fernández y Cejudo (eds.), pp. 67-78.
- (1983b) [1760-1761]: *Reflexiones sobre el estado de nuestras fábricas actuales y los medios hasta aquí tomados para adelantarlas*, en Bustos, pp. 351-358.

- (1988) [1762]: *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales - Ministerio de Economía y Hacienda. Ed. de V. Llombart.
- (1976) [1763]: «Idea segura para extender los conocimientos de la agricultura». *Información Comercial Española* 512, pp. 68-74. Edición de V. Llombart.
- (1958) [1764]: *Informe sobre la emigración a Portugal de los habitantes de Galicia*, en M. de Castro (ed.), pp. 244-254.
- (1775-1777): *Apéndices a la educación popular*. Madrid: Imp. de A. Sancha.
- (1975) [1774-1775]: *Discurso sobre el fomento de la industria popular y Discurso sobre la educación popular de los artesanos*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales. Edición de J. Reeder.
- (1780): «Discurso preliminar», en *Memorias de la Sociedad Económica. Tomo I. Agricultura*. Madrid: Imp. de A. Sancha.
- RODRÍGUEZ LABANDEIRA, J. (1982): «La política económica de los Borbones», en M. Artola (ed.), *La economía española al final del Antiguo Régimen. IV. Instituciones*. Madrid, Banco de España - Alianza, pp. 107-185.
- ROMÁ I ROSELL, F. (1989) [1768]: *Las señales de la felicidad de España y medios de hacerlas eficaces*, ed. de E. Lluch. Barcelona: Alta Fulla.
- RUBÍN DE CELIS, M. (1774): *Tratado del cáñamo escrito en francés por Mr. Marcandier, consejero de la elección de Bourges; traducido al castellano por... Van añadidos otros tratadillos tocantes al lino y algodón al fin, con un discurso sobre el modo de fomentar la industria popular de España*. Madrid: Imp. de Sancha.
- RUIZ TORRES, P. (1985): «El País Valenciano en el siglo XVIII: la transformación de una sociedad agraria en la época del absolutismo», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a P. Vilar*. Barcelona: Crítica, pp.132-149.
- SAAVEDRA, P., y VILLARES, R. (1985): «Galicia en el Antiguo Régimen; la fortaleza de una sociedad tradicional», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a P. Vilar*. Barcelona: Crítica, pp. 434-504.
- SÁNCHEZ SUÁREZ, A. (1989): «La era de la manufactura algodonería en Barcelona (1736-1839)». *Estudios de Historia Social* 48-49, pp. 65-113.
- (1992): «La indianería catalana. ¿Mito o realidad?». *Revista de Historia Industrial* 1, pp. 213-232.
- SANTOS REDONDO, S. (1994): «Los límites físicos de la economía en la historia del pensamiento económico antes de la revolución marginal». Madrid: Departamento de Historia e Instituciones Económicas, Universidad Complutense. Documento de Trabajo nº 9413.
- SCHUMPETER, J. A. (1982): *Historia del análisis económico*. Barcelona: Ariel.
- SMITH, A. (1958) [1776]: *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*. México D.F.: FCE.
- TEDDE, P. (1992): «Los economistas ilustrados ante la empresa pública», en *Economía española, cultura y sociedad. Homenaje a J. Velarde Fuertes*. Madrid: Eudema, pp. 469-84.
- THOMPSON, J. K. J. (1995): «Intervención del estado en la industria catalana de estampados de telas en el siglo XVIII», en Berg (ed.), *Mercados y manufacturas en Europa*. Barcelona: Crítica, pp. 74-110.
- TORRAS, J. (1984): «Especialización agrícola e industria rural en Cataluña en el siglo XVIII». *Revista de Historia Económica* II (3), pp. 113-127.

- (1999) «Gremis i indústria rural a la Catalunya moderna», en M. Gutiérrez (coord.), *Dr. J. Nadal. La industrialización y el desarrollo económico de España*. Barcelona: Universidad de Barcelona. Vol. II, pp. 925-935.
- TOWNSEND, J. (1988): *Viajes por España en la época de Carlos III (1786-1787)*. Madrid: Turner.
- UZTÁRIZ, G. de (1968) [1724]: *Theórica y práctica de comercio y de marina*, ed. de G. Franco. Madrid: Aguilar.
- VENTURI, F. (1973): «Economistas y reformadores españoles e italianos del siglo XVIII», en F. Estapé (ed.), *Textos olvidados*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, pp. 218-226.
- VILAR, P. (1974): «Los primitivos españoles del pensamiento económico...», en *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona: Ariel, pp. 135-163.
- (1972): «El motín de Esquilache y la crisis del Antiguo Régimen». *Revista de Occidente* 107, pp. 199-249.
- (1981): «La Cataluña industrial: reflexiones acerca de un arranque y de un destino», en J. Nadal et al., *La industrialización europea. Estadios y tipos*. Barcelona: Crítica, pp. 173-191.
- (1992): «Las transformaciones del siglo XVIII», en J. Nadal y P. Wolf (eds.), *Historia de Cataluña*. Barcelona: Edicions 62, pp. 329-358.
- WARD, B. (1982) [1779]: *Proyecto económico en que proponen varias providencias dirigidas a promover los intereses de España, con los medios y fondos necesarios para su planificación*, ed. de J. L. Castellano. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales.
- WRIGLEY, E. A (1992): *Gentes, ciudades y riqueza. La transformación de la sociedad tradicional*. Barcelona: Crítica.
- (1993): *Cambio, continuidad y azar. Carácter de la revolución industrial inglesa*. Barcelona: Crítica.
- ZAFRA OTEIZA, J. (1990): «Una aproximación al estudio de la presión fiscal en el reinado de Carlos III». *Hacienda Publica Española* 2, pp. 35-57.